

LIBROS

PATRICK ROMANELL, *El Neo-naturalismo norteamericano*. Ediciones Filosofía y Letras. Universidad Nacional Autónoma de México. Imprenta Universitaria. México, 1956. 111 pp.

La filosofía neo-naturalista, oscilando entre la boga y la crítica, parece ser, según el autor de este libro, la tendencia que más atrae la atención de los filósofos norteamericanos. En este pequeño volumen se reúnen cuatro conferencias originalmente dadas en italiano por Romanell en diversas Universidades de Italia.

La tarea principal que se impuso el autor fue la de dar una idea de lo que la filosofía neo-naturalista significa en el pensamiento filosófico —actual— norteamericano. Aunque pretende que esta dirección filosófica conserve una relativa independencia, cabalmente no puede sustraerse del peso que, como herencia, gravita sobre sus derroteros. En el trasfondo de las intenciones se perciben las sombras de Dewey, James, Comte, etc., y de las filosofías pragmáticas, naturalistas y científicas en general. De otra manera no se explica cómo su mundo, de una forma fundamental, sea *algo* de lo cual se puede *hacer* algo, con primacía a *saber* algo de él. Y que, negando sus posibilidades propias, tengan el mismo valor el lenguaje de la poesía y el de la ciencia —dice Romanell: expresar con el poeta que “la luna es la reina de la noche”, vale para un filósofo completamente naturalista tanto como indicar con el astrónomo que “la luna es un satélite de la tierra”. Todo esto tan alejado de otras sensibilidades y de otras visiones del mundo.

Dice del hombre que es, totalmente, naturaleza por darse dentro de ese marco espacio-temporal en que suceden también, por ejemplo, los movimientos electrónicos. Apuntamientos parecidos encontramos en otras filosofías de la naturaleza: “la conciencia cognoscente (sujeto) es tan perteneciente a lo real como el objeto del conocimiento” (E. May). Y no encontramos, por lo tanto, ni brillantez ni originalidad en el postulado Neo-naturalista. Por otra parte, el tratar de vencer el principio de insularismo que ha aquejado a todas las grandes filosofías —hace que en lugar de sostener una posición particular y propia, sea ésta mediadora y cómoda, porque de otro modo, al atacar sin reservas las ideas de otras filosofías caería ella misma en aquello de lo que trata de librarse.

Con excepción del capítulo dedicado a defender la Metafísica, este libro de filosofía Neo-naturalista no hace sino prolongar tesis y posiciones anteriores y, contrariamente a lo que dice el prologuista, no nos parece que el conocimiento del libro reporte más beneficio que el enterar que los filósofos norteamericanos no tienen una filosofía realmente nueva que presentarnos.

H. P.

JAIME GARCÍA TERRÉS, *Las provincias del aire*. Letras mexicanas, Fondo de Cultura Económica. México. 90 pp.

Escepticismo radical, resignada tristeza y precisión expresiva son, ya desde el

principio de este su primer libro, las notas dominantes de la poesía de García Terrés. Frente a la realidad —amor, quehacer poético, nacimiento del día, leyendas— todo es aquí rechazo de los significados que la tradición ha legado como más firmes al poeta. Más allá de las verdades o leyendas que se aceptan rutinariamente, García Terrés sólo encuentra el vacío o formas imprecisas que constantemente se derrumban frente al análisis racional: la nada misma, el silencio, o simples rumores *huyendo*. Y todo ello dicho en versos de clarísima sencillez aparente, sin “audacias”, como quien repite, “indiferente”, “lo de costumbre”.

Era un pobre fruto
caído de tu mano débilmente.
El más humilde
entre todas las estrellas olvidadas.
El más opaco.
No tenía, por ejemplo,
la especial redondez de la naranja
ni el profundo sabor de la manzana.

Versos que se acercan voluntariamente a la prosa interior más rítmica y precisa, como si el poeta siguiera el consejo de Juan de Mairena: bastan el sustantivo exacto y el adjetivo definidor. Palabras medidas, verso riguroso pero dúctil y melódico, con sonoridad de voz baja hacia dentro. Verso todo él de apariencia “pobre”, “tranquila”. Voz que, aun al afirmarse en su propia creación, parece dudar hasta de sí misma recogida en “cotidiana penumbra”.

En *Correo nocturno*, la segunda parte del libro —y quizá la de mayor hondura poética—, la sensibilidad de García Terrés llega a la negación más radical de las posibilidades de coincidencia entre el pensamiento y la acción. Escepticismo, pues, total. Se duda aquí, desde los primeros versos, del valor expresivo de la palabra (“temerosas letras invasoras”) y de toda forma imaginable de la vida, “cifra muerta” ella misma,

Nombre vacío. No más:
eco, sólo, imprevisto.

Surge ahora la nostalgia del tiempo perdido “atrás, muy atrás” y con ella la certeza de no poder volver a vivir, en un pleno raptó de fe, la activa pasión inconsciente de “las nobles mocedades ruborosas”, anterior a la labor crítica y destructiva del intelecto.

Yo quisiera
tocar, sentir, buscar,
con profunda violencia:

pero destruidos por el pensamiento esceptico los significados que justifican por necesidad vital la realidad aparente, es ello ya imposible. Empiezan a dominar en *Correo nocturno* las formas condicionales del verbo, pero el deseo de acción muere en sí mismo porque “nada permanece”, “todo se derrumba lleno de fatiga”. Junto con los deseos naufragan hasta “las sílabas” y todo “es en vano” para el poeta que ha penetrado más allá de los resortes primeros del optimismo de la acción.

Es en vano.
La ceniza retira, sin mudarse,
la gracia generosa de la llama.

Sin estridencias de estirpe quevediana, resignadamente, el poeta —tan de nuestro tiempo— se afirma solamente en su escepticismo radical.

En la parte tercera del libro (*Los cinco sentidos*) encontramos una voluntad de aferrarse a lo sensual aparente. Parece García Terrés querer satisfacerse en la pura descripción gozosa de la realidad más externa y se afina aún más su verso en la precisión del concepto y la metáfora. Ahonda en el vocabulario, en las posibilidades rítmicas de la palabra, y escribe poemas como “Una invocación: (Guana-bara)” de gran riqueza de color y sonido. La presencia cálida del mar domina esta sección del libro, pero a la larga, como la realidad toda, hasta

El mar es una historia
que llevo entre los ojos y la sombra
de mis ojos, desdeñada
ya por los años y sin brío.

Es sintomático que la última parte del libro se titule *Tentativa*: domina aquí también, más que una fe vital lograda, una casi esperanza de logros. Pero desde el primer poema de esta parte —ceñidísimo, tenso, vibrante bajo su perfección— se vuelve a abrir el abismo entre la realidad desnuda de significados indiscutibles y el deseo de la entrega sin reservas a una fe activa, perdida con el tiempo de la niñez inconsciente. En el penúltimo poema del libro (“Este era un rey”), aparece por primera vez claramente la realidad última, bajo cuyo imperio todo parece perder su sentido cotidiano: la presencia real de la muerte —última y primera verdad— explica ya la imposibilidad de aferrarse al valor aparente de las cosas:

Y nuestra vida sigue siendo
un poco de vapor, como decía
Santiago.
Vuelan aparte los jardines
de pluma generosa. La moneda
más noble desvanece
los bordes que la fraguan.
Parte la luz. Y sólo queda
un poco de vapor en nuestras manos.

Son notables en este poema la conjunción copulativa con que se inicia, la forma compuesta del verbo del primer verso (“Y nuestra vida *sigue siendo*...”) y la clara intención general de prosaísmo. Esa conjunción, el verbo (*sigue siendo*: se trata de lo olvidado de puro sabido), enlazan estos versos —como sin querer, “sin audacias”— con todos los que les anteceden en el libro: *tocar*, o *sentir*, o *buscar*, o *nombra*, resultan así —racionalmente— actividades sin verdadero sentido real bajo el dominio de la realidad única y verdaderamente cotidiana de la muerte. Paradójicamente, sin embargo, del derrumbe total que significa esta visión del mundo, queda en pie, hermosamente lograda, la palabra que lo ha expresado.

No se le puede pedir más a un auténtico poeta lírico con este libro —voz recatada y precisa entre tanta fácil poesía de afirmación o protesta a voz en cuello como nos rodea—; Jaime García Terrés se coloca, de golpe, en primera línea de la joven poesía mexicana contemporánea.

C. B. A.